

XVII

La práctica

A causa de la enorme importancia del tema, nos hemos extendido ampliamente sobre los fundamentos y motivos de la vida de confianza con la santísima Madre de Dios y nuestra. Hemos señalado y expuesto como tales: la Maternidad espiritual de la Santísima Virgen, su Mediación universal de todas las gracias, el precioso ejemplo de Jesús, y nuestra Consagración a la poderosa y amable Reina de los cielos.

Pasemos ahora a la práctica. Querríamos también exponer ampliamente el modo de poner en obra esta vida de confianza, a causa del inmenso valor de este recurso incesante a la divina Madre de Jesús, y también porque los tiempos duros y peligrosos que atravesamos nos hacen sentir su necesidad hoy más que nunca. Ante todo, comencemos con algunas consideraciones previas.

Escena encantadora

Una sencilla habitación de una casa. Una madre está ocupada en sus quehaceres domésticos. De vez en cuando lanza una mirada o dirige una palabra a su hijo de tres o cuatro años, que está totalmente concentrado en sus juegos. Un pequeño accidente con uno de sus juguetes... Enseguida, con paso vacilante, el niño corre a la mamá para que le repare el objeto estropeado. Por supuesto, ella lo logra; pero cuando el pequeño, admirado de la operación, vuelve a su lugar, tropieza, cae y se hace daño: «Mamá, mamá», grita en medio de sus lagrimones. La mamá acude al punto para levantar al pequeño desdichado, y en un santiamén limpia y cura las manitas sucias y supuestamente heridas; la desgracia ha sido reparada rápidamente, y entre las lágrimas que no han tenido tiempo de secarse brilla ya el sol de una sonrisa agradecida. El muchachito se queda ahora cerca de mamá y se pierde en toda clase de consideraciones, de suposiciones:

«Mamá, ¿por qué esto, por qué aquello? ...». Y la mamá, con notable habilidad y adaptación, consigue, no sin esfuerzo, contestar a las preguntas numerosas, a veces embarazosas, de su pequeño filósofo. Al poco rato el niño siente la necesidad de otro alimento que la ciencia, y es la mamá quien le da con qué calmar su hambre y sed, real o imaginaria. Pero mira que ahora la puerta se abre, y entra un extraño. O es tal vez uno u otro animal que inspira pavor al niño... Enseguida corre a esconderse detrás de la madre, que lo recibe en sus brazos y lo acerca, calmando sus alarmas, a lo que provoca su terror: es ahora un pequeño héroe que ya no teme nada y se atreve incluso a proferir amenazas contra lo que, hace unos instantes, lo hacía temblar... Pronto sus párpados, pesados ya de cansancio y de sueño, amenazan con cerrarse. La mamá ya se dio cuenta de ello: y cantando alguna vieja canción de cuna, lleva a su tesoro a su camita: después de un Avemaría, una bendición y un beso, lo confía a un descanso beneficioso y a sueños con angelitos...

Esta es la vida del niño. Cien veces por día recurre a su madre, volviendo a empezar sin cesar, sin pensar un solo instante que pudiese por fin cansar o aburrir a su madre... Ese es también el motivo inconsciente de la dichosa despreocupación de esta edad. Claro, ¿para qué preocuparse? ¿Acaso mamá no está ahí? ¡Y mamá lo sabe todo, lo puede todo, se encarga de todo!...

Esta es la imagen encantadora y fiel de lo que debería ser nuestra vida en el plano sobrenatural: un recurso incesante y confiado, en todas nuestras dificultades de cualquier clase o gravedad que sean, a María, Madre de la vida sobrenatural en nosotros, Madre llena de amor, solicitud y poder.

Y no pensemos que esta actitud de confianza y abandono con María sea exagerada o pueril. Cristo nos exige que vivamos no como niños, sino como niñitos, «*sicut parvuli*», y por eso nos reclama

implícitamente estas actitudes sencillas y filiales para con Aquella a quien El mismo designó y nos dio como Madre: «*Ecce Mater tua!*».

Textos preciosos

Este es claramente el pensamiento y la enseñanza de nuestro Padre, San Luis María de Montfort. Esta vida él nos la pidió y recomendó por la palabra y el ejemplo. Citemos por el momento dos textos, que han de ser un verdadero programa de vida para todo hijo de María, para todo consagrado a Nuestra Señora. Los capítulos que sigan no serán más que el comentario de estas palabras. No olvidemos que es un santo el que habla, y los santos no exageran, pues tienen el sentimiento demasiado vivo de sus responsabilidades para con las almas. Estos textos han de ser leídos pausadamente, releídos y meditados. Hay que colocarlos entre los más hermosos pasajes de un libro que, según el parecer de varios teólogos, es el más hermoso que jamás se haya escrito sobre Nuestra Señora.

*«Tienen una gran confianza en la bondad y el poder de la Santísima Virgen, su buena Madre; reclaman **sin cesar** su socorro; la miran como a su estrella polar, para arribar a buen puerto; le descubren sus penas y necesidades con mucha franqueza de corazón; se adhieren a sus pechos de misericordia y de dulzura, para obtener el perdón de sus pecados por su intercesión, o para gustar sus dulzuras maternas en sus penas y tedios. Y aun se arrojan, se esconden y se pierden de manera admirable en su seno amoroso y virginal, para ser allí abrasados por el puro amor, para ser allí purificados hasta de las menores manchas, y para encontrar plenamente a Jesús que allí reside como en su más glorioso trono»⁷³.*

La escena es aún más hermosa y completa en otro lugar: la verdadera Devoción a la Santísima Virgen «*es tierna, es decir, llena de*

⁷³ Tratado de la Verdadera Devoción n. 199.

*confianza en la Santísima Virgen como de un niño en su buena madre. Hace que el alma recurra a Ella **en todas sus necesidades de cuerpo y de espíritu**, con mucha simplicidad, confianza y ternura; implore la ayuda de su buena Madre **en todo tiempo, en todo lugar y en toda cosa**: en sus dudas, para que se las aclare; en sus extravíos, para ser enderezada; en sus tentaciones, para ser sostenida; en sus debilidades, para ser fortificada; en sus caídas, para ser levantada; en sus desalientos, para ser animada; en sus escrúpulos, para ser librada de ellos; en sus cruces, trabajos y reveses de la vida, para ser consolada. En fin, **en todos sus males de cuerpo y de espíritu**, María es su recurso ordinario, sin temor de importunar a esta buena Madre y de desagradar a Jesucristo»⁷⁴.*

El ejemplo de los Santos

Esta es la enseñanza de San Luis María de Montfort. Esta fue también su vida. Como Cristo, comenzó por practicar lo que debía enseñar. Sus historiadores nos afirman que desde su infancia tuvo la costumbre de recurrir a Nuestra Señora en sus menores dificultades. Cuando así lo había hecho, ya no se inquietaba más, ni siquiera pensaba más en ellas: pues le parecía que todo estaba arreglado, ya que había confiado la cosa a su Madre. Su amigo y condiscípulo, el Canónigo Blain, escribe: *«Como su extremo amor a la pobreza y a los pobres y su abandono apostólico a la Providencia lo ponían en continuas necesidades, tenía necesidad de una Madre tan tierna y vigilante como la Santísima Virgen para satisfacerlas. Pero también, ¿qué le faltó jamás con el auxilio de la Reina del Cielo? Quienes conocieron al Padre Grignon a fondo como yo, saben que los milagros de la Providencia materna se multiplicaban cada día; y que, si a veces parecía abandonarlo por algunas horas, era tan sólo para animar su confianza hacia Ella y ejercerlo en la práctica de las virtudes más*

⁷⁴ Tratado de la Verdadera Devoción n. 107.

difíciles... María parecía a veces olvidar al más celoso y tierno de sus devotos; pero después de haber probado su virtud, no tardaba apenas en manifestar su ternura hacia él con alguna prueba de su bondad. Sería preciso hacer todo un diario de su vida para señalar en detalle todos los cuidados que la buena Madre parecía tener con él. Parece como que lo conducía por su mano... y que él aprendía de Ella lo que tenía que hacer, incluso en las cosas más oscuras y embarazosas».

Junto a las palabras y ejemplos de nuestro santo Fundador, nos parece oportuno citar el testimonio de otro gran misionero popular, **San Leonardo de Puerto Mauricio**, Capuchino, que en uno de sus sermones⁷⁵ explaya magníficamente el siguiente pensamiento:

«Todos los bienes espirituales y temporales que poseéis proceden de las manos benditas y del seno misericordioso de María. Por lo que a mí se refiere, cuando considero las gracias que he recibido de la Santísima Virgen, ¿sabéis a qué me comparo? Permitidme que lo proclame aquí para gloria de mi augusta Soberana: me comparo justamente a uno de esos santuarios en que se venera a una u otra imagen milagrosa de la Madona, y cuyos muros están cubiertos de exvotos que llevan siempre la siguiente inscripción, o alguna semejante: “Por un favor obtenido de Nuestra Señora”. Estas palabras me parece verlas grabadas en todas las partes de mi ser.

La brillante salud corporal de que gozo después de haber estado a rastras durante mucho tiempo, y haberme marchitado durante cinco años: ¡Favor de Nuestra Señora!

La fortaleza espiritual que me anima, el ministerio divino que ejerzo, el santo hábito que llevo: ¡Favor de Nuestra Señora!

⁷⁵ Sermo XVIII de Beata Maria Virgine.

Cada buen pensamiento, cada acto bueno de mi voluntad, cada buen sentimiento de mi corazón: ¡Favor de Nuestra Señora!

Seguid, seguid leyendo: desde la cabeza hasta los pies, en el cuerpo y en el alma, por todas partes estoy recubierto de esta inscripción: ¡Favor de Nuestra Señora!

¡Bendita sea por siempre mi generosa Protectora!

Y vosotros, queridos hermanos, ¿no podréis darme el mismo testimonio? Casa, propiedades, hijos, salud y vida, todo eso se lo debéis a la bondad bienhechora de María. Miraos a vosotros mismos: todo lo que tenéis, todo lo que sois, se lo debéis a María, que os colma de beneficios para facilitaros la salvación.

Por lo tanto, dadle las gracias, dadle las gracias a tan noble Bienhechora, y cantad conmigo las misericordias de María».

¡De qué buena gana lo haremos, ya que encontramos en nuestra propia vida las experiencias que han hecho los Santos!

¡Cuánto tienen que alentarnos estos preciosos pensamientos a la vida de confianza en María, y con qué serenidad debemos enfocar y abordar desde ahora nuestro futuro, bajo la conducta de María!



XVIII

Confianza en las pequeñas cosas

No voy en busca de grandezas,
ni de lo que sobrepasa mi cabeza.
No, mantengo mi alma en la paz y en el silencio
como niño en el regazo de su madre
(Sal 130, 1-2)

Esto es lo que, en un Salmo muy breve pero muy rico, cantaba el Salmista cientos de años antes de la venida del gran Amigo de los niños, de Aquel que debía inculcarnos definitivamente que «*si no os hacéis semejantes a los niños...*».

No tenemos que olvidarlo: **somos** niños, o mejor aún, niñitos, «*sicut parvuli*», en la vida espiritual, ignorantes, débiles, impotentes, inconstantes. Por eso, queda claro que también debemos conducirnos como niñitos en este plano: «*Nisi efficiamini sicut parvuli...*». Nuestra mayor falta y nuestra mayor desgracia es tal vez la de querer obrar en la vida sobrenatural como «adultos». ¿Qué dirías tú de un muchachito de tres años, que al igual que su papá quisiese fumar cigarros y puros, ir al café, subir a caballo, conducir un auto y ganar su propia vida? Sería demasiado ridículo, ¿no? Sobre todo, sería funesto y peligroso para el pequeño, y causa de los más graves inconvenientes. Igualmente, sería ridículo de nuestra parte y peligroso a la vez que nosotros, pequeños seres divinos a penas esbozados, quisiésemos confiarnos en nuestro propio saber y poder. Como niños recién nacidos en el mundo sobrenatural, tenemos absoluta necesidad del socorro incesante de nuestra Madre divina, y

gustosamente contestamos a su tierna invitación: «*Si alguno es pequeñito, venga a Mí*»⁷⁶.

Así pues, según el precepto de Cristo, hemos de conducirnos como niños, y esta infancia espiritual, según las explicaciones de Benito XV en su discurso de beatificación de Santa Teresa del Niño Jesús, consiste en gran parte en un espíritu de confianza ciega y abandono total. Este espíritu de infancia lo adquiriremos más fácilmente en el contacto habitual con la Santísima Virgen. Si constatamos que una persona es y sigue siendo plenamente niña con su madre, y sólo con ella, nadie podrá echárselo en cara... Hay cosas que no se dicen a nadie, ni siquiera al propio padre, pero que se confían a la madre, porque la madre no encontrará jamás pueriles o fastidiosas ni siquiera las cosas más humildes que nos preocupan o nos hacen sufrir.

Por lo tanto, que nuestra divina Madre sea nuestro recurso habitual en los más humildes detalles y en las más mínimas dificultades de la vida. Si descuidamos este recurso, perderemos la oportunidad de manifestarle a menudo nuestra confianza. Las pruebas duras, las decisiones importantes, los acontecimientos de gran alcance son una excepción en nuestra vida, que se compone habitualmente de mil pequeños detalles. Así, pues, si queremos vivir en un abandono habitual en su bondad materna, nos será menester ante todo y sobre todo recurrir a Ella en las humildes dificultades de cada instante.

Ejercámonos así en apelar a Ella en nuestras empresas cotidianas, en cada dificultad de detalle, en todas nuestras necesidades de cada momento. Como en las familias en que hay muchos niños, que en nuestro corazón y en nuestra vida se oiga cientos de veces por día el grito tan conocido: «*¡Madre!... ¡Mamá!...*

⁷⁶ Prov 9, 4.

¡Mamá, socorro! ...». Sea así tanto en las cosas materiales como en las espirituales, tanto en nuestros intereses temporales como en los de un orden más elevado. De este modo nuestra vida llegará a ser, como lo muestra la experiencia, un encadenamiento de pequeñas maravillas.



Tu **salud** deja que desear. Tal vez eres ya un profesional de la enfermedad, del sufrimiento. Mil miserias te impiden cumplir con tu trabajo de cada día. No te canses entonces de buscar, siempre de nuevo, el auxilio de María: *«Mi buena Madre, esto no va... Esto no puede seguir así... Tienes que ponerte manos a la obra... ¡Ayúdame, por favor!».* Y cien veces Ella intervendrá, y mil veces te dará la fortaleza necesaria por medio del descubrimiento de un remedio apropiado, el encuentro con un médico abnegado y clarividente, o cualquier otro modo.

Se trata ahora de **vestidos**, de **alimento**. Para ciertas familias no es un pequeño problema; en ciertas épocas fue para todos nosotros un problema capital y muy difícil. Di sencillamente a Nuestra Señora: *«Mi buena Madre, Tú sabes de qué tengo necesidad. Trataré de buscar tu reino, confiando en que el resto me será dado por añadidura. Tu gran servidor, San Luis María de Montfort, habla por experiencia cuando dice que Tú proporcionas a tus hijos todo lo que necesitan para el cuerpo y para el alma. ¡Madre, ocúpate también de mí!».* Y realmente Ella se ocupará de todo, como lo comprueban con admiración quienes caminan por esta vía.

Estás dudando, **en la perplejidad**, en una decisión que has de tomar. *«¿Debo viajar o quedarme en casa? ¿Debo comenzar este trabajo o más bien aquel otro? ¿Hago o no esta venta o esta compra?».* Por más que pesaste el pro y el contra no has adelantado nada. Realmente no sabes a qué decidirte. Pregunta simplemente a

la Santísima Virgen: *«Madre, te pido un buen consejo, por favor. ¿Qué debo hacer? Hazme tomar la mejor decisión»*. A menudo, sin saber por qué, ya no dudarás más y tomarás tu decisión. Y más tarde te quedarás asombrado de constatar que, sin razón aparente, has elegido realmente la mejor opción.

Por un motivo o por otro te cuesta cumplir **tu trabajo de cada día** y los quehaceres que te han sido asignados. No consigues realizar tu trabajo de modo satisfactorio para ti mismo, y aún menos para los demás, sobre todo para tus superiores. Eso te entristece, tal vez incluso te desalienta. Habla de ello a tu divina Madre: *«Madre, te suplico que me ayudes, si este es el beneplácito divino. Dame ánimos, fortaleza y sabiduría para cumplir convenientemente mis deberes y sembrar alegría y dicha alrededor mío. Si lo logro, te remitiré a Ti toda la honra»*. Más de una vez hemos oído a personas afirmar que, desde que se dieron totalmente a María, realizaban más y mejor trabajo en mucho menos tiempo.

Te entregas al **estudio** porque estás en la enseñanza, realizas labor de **educación**. Para ti mismo y para los demás, niños o alumnos, te encuentras ante problemas insolubles, ante dificultades aparentemente insuperables. Nada funciona. Te desesperas de proporcionar a tus niños los conocimientos necesarios y la formación requerida. Consulta entonces sin cesar al *Trono de la Sabiduría*, a la Educadora por excelencia, de quien el mismo Hijo de Dios quiso recibir una educación de la que no tenía ninguna necesidad. Y verás que todo anda mejor. Tal vez llegarás incluso a resultados sorprendentes, como lo hemos oído afirmar más de una vez a personas encargadas de la formación de los niños.

Estás **cansado, abatido, triste**. Necesitas ser alentado y sostenido. Tu Madre lo comprende y se encargará de ello si tú se lo pides con filial importunidad. Un bonito regalo, un encuentro agradable, una carta amable, una palabra de consuelo, un canto de

pájaro, la mirada cándida de un niño, ¿qué sé yo? Todo eso podrá ser la respuesta y la sonrisa de tu Madre. Ella dispondrá las cosas de modo que no puedas dudar de la procedencia de estas chucherías maternas y tengas que reconocer en ellas su dulce mano. Todos quienes la aman sencillamente como hijos están ya acostumbrados a estas intervenciones consoladoras.

La **paz del hogar** se siente amenazada. Es una tempestad en un vaso de agua, pero una tempestad de todos modos. Y no sabes cómo apaciguarla. Has dicho una palabra desafortunada que ha sido interpretada al revés, o tal vez has obrado realmente mal y tienes la culpa de lo que ha pasado. Te gustaría repararlo todo, pero no sabes cómo hacerlo: «*Mi buena Madre, arregla Tú este problema*». Y verás que la cosa andará, que enseguida se presentará la ocasión de decir una buena palabra, de prestar un pequeño favor, de dar una muestra de afecto. Y se disipará el malentendido, se serenará la atmósfera, se firmará la paz y volverá a brillar el sol de la alegría en el hogar ensombrecido.

Tienes un **carácter** difícil y desagradable. Eres cargoso para los demás, tal vez aún más para ti mismo. Tienes defectos, cuya existencia te cuesta admitir y cuya naturaleza te cuesta determinar, y sobre todo de los que te sientes incapaz de corregirte. Caes incesantemente en las mismas faltas. Tu examen de conciencia indica poquísimos progresos. ¿Alguna vez lo has hablado seriamente con la bondadosa Virgen? «*Madre, no puedo seguir así... Tienes que ayudarme a conocer mis defectos y a corregirme de ellos*». Repite esto a menudo, en cada dificultad. Poco a poco las cosas irán cambiando. Tus defectos desaparecerán, tu carácter se mejorará. Tal vez no te des cuenta de ello, porque la Santísima Virgen «trabaja en secreto, a espaldas del alma». Pero quienes viven contigo se quedarán admirados de las transformaciones que se habrán realizado en ti.

Después de años enteros de esfuerzo te encuentras igual de torpe, como novicio inexperto, en la ciencia de la **oración**. Tus oraciones siguen siendo igual de distraídas, y tus comuniones igual de tibias; tu meditación no te lleva a ninguna parte. Querrías llevar una vida más recogida, totalmente unida a Dios, y te parece estar siempre igual de lejos del ideal soñado. Habla de ello con tu Madre. Repítele a menudo, sobre todo al comienzo de tus ejercicios de piedad: *«¡Madre, enséñame y ayúdame a rezar! ¡Esto es incumbencia y tarea de la Madre!»*. Haz como esa religiosa que decía: *«No hago más que dar vueltas alrededor de Ella diciéndole: Madre, necesito a Jesús... Madre, dame a Jesús»*. Ella no puede resistirse a semejantes instancias.

En todo orden de cosas, pues, descubramos nuestras necesidades a la Santísima Virgen con la confianza de un niño. A menudo Ella nos hará palpar, de manera sorprendente, su intervención materna, aunque sólo sea para darnos la convicción de que está junto a nosotros, de que no nos abandona, y de que sigue toda nuestra existencia con solicitud materna.

Ella será Madre para con nosotros, y las madres son dichosas de ver alegres a sus hijos, no les niegan para nada las distracciones convenientes, y se ingenian incluso para proporcionárselas... Así será con nuestra Madre del cielo. Confíale incluso tus excursiones y tus fiestas, y todas las distracciones que te parecen necesarias o útiles: *«Buena Madre, danos un lindo día... Haz que nada turbe la buena marcha de la fiestita que hemos organizado»*.

Sería imposible, y además superfluo, enumerar en detalle todas las circunstancias de nuestra vida, incluso las más humildes, en que hemos de solicitar —y obtener! — la intervención de Nuestra Señora. Acordémonos tan solo de que podemos y debemos recurrir a Ella en todo, sin excepción, incluso en aquellas cosas que podrían parecernos más insignificantes.



Algunas indicaciones prácticas más.

1º Para implorar la ayuda de Nuestra Señora podemos ayudarnos de oraciones ya hechas: rezando, por ejemplo, algunas *Avemarías*, la *Salve Regina*, el *Acordaos* de San Bernardo, o cualquier otra oración o jaculatoria. Muy bien. Pero es mejor aún hacerlo con un grito del corazón, con una oración sin palabras, o con palabras que broten de nuestra propia alma... No temas ser demasiado sencillo ni demasiado niño con Ella. Le dirás tal vez cosas que no has leído nunca en ningún libro, ni oído pronunciar por ninguna boca, pero que responden a las necesidades y atractivos de tu corazón. Quédate tranquilo: es la verdadera oración, la que tu Madre del cielo acoge más gustosamente...

Así, pues, el recurso a Nuestra Señora puede hacerse por medio de una oración formal interior o vocal. Puede hacerse también de manera más sencilla y fácil, y tal vez más perfecta: estableciéndose y manteniéndose en la disposición habitual de esperar todo de Ella, con la convicción absoluta de que Ella se encargará de todo. Esto es, según la explicación de Santo Tomás, lo que Jesús nos pide cuando dice que «*es preciso orar siempre sin desfallecer jamás*». Será como un fuego de confianza oculto bajo la ceniza, que con el soplo de la tribulación y de la lucha se encenderá rápidamente con la llama de una súplica apremiante y de una oración formal muy ardiente.

2º Otra observación importante. Mira a este pequeño que se pone a la mesa. Ve junto a él un objeto que brilla, y que por consiguiente lo atrae: un cuchillo, un tenedor. Su manita se dispone ya a agarrarlo. Esta vez la mamá no cederá. Dulce, pero inexorablemente, retira de su alcance el peligroso objeto, aunque el pequeño tirano insista en quererlo con gritos y lágrimas a las que ordinariamente nada resiste... Generalmente también la mamá sabrá

desviar la atención del niño sobre otra cosa, y apaciguarlo y contentarlo de otra manera.

En nuestras miras tan cortas pedimos frecuentemente a la Santísima Virgen cuchillos y tenedores, esto es, cosas que nos serían perjudiciales, sobre todo cuando se trata de asuntos temporales y materiales. Salta a la vista que nuestra divina Madre no nos concederá estos bienes sino en la estricta medida en que contribuyan a nuestros intereses superiores, santidad y felicidad eternas. ¡Hemos conocido a una persona que, por lo menos en treinta comunidades religiosas distintas, pedía novenas a la Santísima Virgen, persuadida de que ganaría el gordo de la Lotería colonial! Es muy posible que estas súplicas hayan quedado sin respuesta, cuanto más que para esta persona habría sido una verdadera catástrofe obtener lo que pedía. En semejantes casos la Santísima Virgen desvía nuestra oración sobre algún otro favor o gracia que nos será realmente útil y provechoso. ¡Tengámoslo presente en los casos en que nos parezca no ser escuchados!

Y a pesar de todo Ella es Madre, incluso Mamá, y se muestra como tal. Todas las mamás miman un poco a sus hijos. Las regañamos por eso, ellas prometen corregirse y... vuelven a las andadas en la primera ocasión. Nuestra Madre del cielo es mil veces más madre que las de la tierra. Tampoco Ella puede evitar mimar un poco a sus hijos, en el sentido de que a menudo nos hará experimentar su intervención materna en los más humildes detalles de la vida, lo cual no le impide para nada ser también la Mujer fuerte, que da a sus hijos una educación viril y los forma a imagen de su Jesús crucificado.

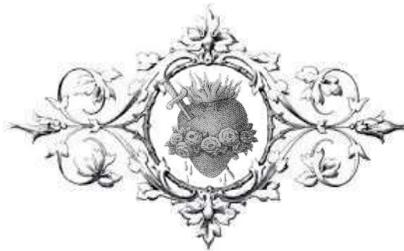
3º Una cosa más: **¡Abramos los ojos!** A veces nos sucede que, en un momento de apuro, de dificultad y de pena nos dirigimos a Ella. La dificultad se resuelve, la indisposición desaparece, la paz del hogar se restablece, el ánimo nos vuelve, etc. Pero todo esto se realiza habitualmente por medios naturales e intervenciones humanas; y

nosotros no somos lo suficientemente clarividentes para reconocer la mano de nuestra divina Madre detrás de las influencias humanas y naturales. Ella es quien dispuso las circunstancias que nos han permitido tener este encuentro, hecho descubrir este remedio, puesto ante los ojos esta página reconfortante, colocado en los labios de un sacerdote esta palabra que da luz y consuelo. Hemos sido escuchados, Ella es quien nos ha escuchado, y nosotros ni siquiera nos hemos dado cuenta de ello. Miles de beneficios de la Mediadora de todas las gracias pasan así desapercibidos de sus hijos. Por eso, una vez más: ¡Abramos los ojos del alma para discernir en nuestra vida su actividad materna beneficiosa, que se ejerce sin cesar sobre nosotros!

¡Ojalá recurramos sin cesar a su influencia poderosísima, incluso en las más mínimas dificultades que se nos presentan; pero ojalá elevemos también hacia Ella una mirada de alegre agradecimiento cuando nuestras oraciones hayan sido oídas!

A los niñitos se les enseña a no aceptar nunca nada de la mamá sin decir: «¡Gracias, mamá!». Acostumbrémonos también nosotros, como hijos bien educados y agradecidos, a decir a Nuestra Señora por cada beneficio concedido: «¡Gracias, mi buena Madre!».

Y si a veces llegáramos a olvidarnos de este deber elemental —y a causa de nuestras miras cortas y de nuestro espíritu limitado es imposible que no sea así—, consolémonos con el pensamiento de que nuestra eternidad será una jubilosa e interminable acción de gracias a Dios, autor de todo don, y a su divina Madre, dispensadora generosa de todos sus favores.



XIX

En las horas graves

Debemos estar animados sin cesar por una confianza de niño para con la Santísima Virgen, nuestra Providencia creada y materna. Este recurso confiado a nuestra divina Madre no está fuera de lugar, como hemos visto, en las dificultades más humildes de la vida, de modo semejante a como el niño recurre a su mamá en los más mínimos detalles de cada día.

Pero cuando el niño se siente en peligro, cuando una prueba dolorosa lo atenaza, en la enfermedad, en la angustia suprema, su madre es más que nunca su consuelo y su sostén. Que nuestra Madre del cielo deba ser para nosotros, sus hijos, el recurso seguro en las horas graves de lucha y de sufrimiento, se deduce claramente de las denominaciones consoladoras que la Iglesia ha dado a Nuestra Señora: **Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores, Consoladora de los afligidos, Auxilio de los cristianos.**

Y nuestra experiencia cotidiana nos enseña que en la vida de todos nosotros hay horas graves, y sombras de luchas y pruebas. Tarde o temprano nos damos cuenta de que la tierra en que vivimos es un valle de lágrimas, «*vallis lacrymarum*».

El Paraíso terrestre quedó cerrado, y nosotros perdimos el camino que a él conduce. Nuestra tierra no produce de sí misma más que cardos y espinas, y, como castigo del pecado, no comemos nuestro pan más que con el sudor de nuestra frente. La preocupación del pan cotidiano para nosotros y para los nuestros puede a veces pesar muchísimo sobre nuestros pobres hombros. La llamada «lucha por la vida» se lleva a cabo a menudo con armas muy desiguales. Prevemos a veces el futuro con angustia. Cuando en el hogar se llena un lugar tras otro, te preguntas a veces si tendrás siempre con qué alimentar estas pequeñas bocas hambrientas. Te echas atrás, te debilitas en la vida, te sientes amenazado de hundirte en la ruina. Te

llega una desgracia tras otra; se suceden sin parar las pérdidas graves y los gastos extraordinarios. Tu situación no tiene salida... La deshonra te espía, la quiebra está a tus puertas...

María, tu dulce Madre, aportará la solución a estas dificultades inextricables, si se lo pides con fe firme y viva. Como esclavo de amor la has hecho Propietaria y Gerente de tus bienes temporales. ¡Quédate sin miedo! ¡En la hora querida Ella te tenderá una mano caritativa y se encargará de ti y de los tuyos con una bondad materna encantadora!

Sin embargo, se impone aquí una observación, que también se aplica a muchas otras cosas fuera de la preocupación del pan cotidiano. Se trata en este caso de bienes temporales, y no debemos desear ni pedir bienes temporales sino en función de nuestros intereses espirituales y eternos. Pobreza no es ni vergüenza ni vicio. Al contrario, para quien sabe llevarla, es riqueza y honor, puesto que Jesús mismo la beatificó y practicó. Además, el sufrimiento es inevitable; es incluso un tesoro preciosísimo: *«Bienaventurados vosotros que lloráis, porque seréis consolados»*. Y Nuestra Señora debe hacernos conformes a su Jesús, a su Jesús **crucificado**. Hay que acordarse de todo esto, como también del hecho incontestable de que nos es provechoso que nuestras oraciones no sean inmediatamente oídas. Entonces es cuando aprendemos realmente a rezar. El tiempo de la prueba es a menudo un tiempo de fervor y de generosidad cristiana. Pero, por otra parte, es absolutamente cierto que, en la medida en que sea necesario para nuestra salvación y santificación, la Santísima Virgen solucionará las dificultades materiales más inextricables en apariencia, y que, si se lo pedimos con confianza e insistencia filiales, Ella satisfará maternalmente nuestras necesidades temporales.

¿Qué esclavo de amor no ha experimentado repetidas veces en su vida esta solicitud materna de María, incluso por lo que mira a

sus intereses materiales? Yo mismo me acuerdo con alegría de sus maravillosas intervenciones maternas en este orden, por ejemplo, para proporcionar un sustento absolutamente inesperado a un joven matrimonio que le estaba consagrado, y en el que se empezaban a dejar sentir los apuros económicos, o para aportar la más sorprendente de las soluciones a otra familia, amenazada por la ruina y la miseria.

O tal vez sea la enfermedad, que te persigue y te hace difícil el cumplimiento de tu deber, o que hace imposible la realización del sueño de tu vida... O, al contrario, tal vez se trate de un ser querido, que se ve clavado en el lecho del sufrimiento. Pareciera incluso que tú mismo sufres más sus dolores, que si te tocara a ti ser el enfermo. Todo el hogar queda en el desconcierto por esta prueba dolorosa. El padre, a quien toca ganar el sustento, se encuentra derribado por la dolencia, o tal vez la madre, cuya ternura y solicitud son indispensables a varios niños aún pequeños. ¿De dónde vendrá la salvación?

María es la «*Salus infirmorum*», la Salud de los enfermos, y nuestras oraciones suplicantes subirán hacia Ella. ¡Cuántos miles y cientos de miles de cristianos experimentaron el poder y la ternura de la gran Taumaturga de Dios en Lourdes y en tantos otros santuarios venerados! Pero las curaciones no se operan solamente en estos lugares benditos de oración; sino que se las encuentra por todas partes, dondequiera que haya hombres que creen y rezan. Sin duda que una curación necesaria en apariencia no es siempre lo más provechoso para el enfermo y para los suyos. Los designios de Dios siguen siendo impenetrables para nosotros, y sólo nos serán revelados plenamente en la luz de la eternidad. Pero si, al contrario, la curación deseada entra en el plan de Dios, aunque exigiese uno o diez milagros, se realizará por la oración de Aquella a la que se lo has confiado todo. Tus fuerzas agotadas, después de varios meses de impotencia, se rehacen inopinadamente, y te hacen capaz de una

suma de trabajo inesperada... Y si un mal tuviese que continuar afligiéndote, por los adorables designios de Dios y por motivos insondables para ti, experimentarás ciertamente que la Santísima Virgen dispondrá las cosas de tal modo que sientas su presencia materna y su preciosísima asistencia. Sus delicadezas maternas te ayudarán a llevar tu cruz con valentía y alegría, y a santificar esta prueba tan preciosa para tu alma.

Tarde o temprano, es absolutamente inevitable, nos encontraremos con la **muerte** en nuestro camino. Ahora te arrebatara repentinamente a un padre o a una madre amadísimos, después de años de cuidados incesantes y afectuosos por parte tuya. O arranca a tu ternura a uno de tus hijos en la flor de su edad. O se lleva de tu lado a un esposo, a una esposa, después de largos años de fidelidad y de caridad mutuas. ¡La muerte causa frecuentemente heridas tan profundas, realmente incurables, a nuestro pobre corazón humano!

¡Cómo se las ingenia nuestra divina Madre para suavizarnos todos estos sacrificios! Ella no impone esta pesada cruz sobre tus hombros sino con mil precauciones. Ordinariamente serán las circunstancias mismas de esta muerte, iluminada, por decirlo así, con la sonrisa de María. O será la presencia inopinada de un sacerdote venerado y amado junto al lecho de la agonía. O tal vez sea el hecho de que la partida del ser querido tiene lugar en un sábado o en un día de fiesta de Nuestra Señora. O será un sentimiento indefinible de paz, casi de felicidad, de que te llenará la partida del ser llorado. ¿Qué sé yo? Ella tiene mil modos de endulzarnos el desgarramiento de estas separaciones, de hacernos sentir su presencia, y de mostrarse especialmente entonces como la *Consoladora de los afligidos*.

Una decisión de por vida

A veces tenemos que atravesar y soportar dificultades graves de otro tipo; por ejemplo, para los padres y sobre todo para el hijo

mismo, la **elección de un estado de vida**. ¿Qué debo elegir, la vida en el mundo o la vida exclusivamente al servicio de Dios como sacerdote, como misionero, como religioso o religiosa?... Y cuando este problema haya quedado resuelto de manera general, se planteará esta otra pregunta: ¿A quién tender la mano para compartir mi vida? ¿Qué Orden o Congregación debo elegir? O también: ¿A qué trabajo he de dedicar mis fuerzas en la sociedad? Y de manera general: ¿Qué camino debo seguir para no poner en juego mi destino eterno, y cómo conseguirlo de manera más perfecta? Otras tantas preguntas a las que a veces es muy difícil contestar incluso para un sacerdote, un director de alma u otros consejeros designados para el caso. Y, sin embargo, es importantísimo, absolutamente necesario, tener una respuesta clara a estos interrogantes: de ella dependerá en gran parte nuestra felicidad en este mundo y en el otro.

Pues bien, para ti mismo o para tus hijos, dirígete con la fe más completa a **Nuestra Señora del Buen Consejo**. El medio infalible para recibir la luz y claridad que te permita discernir tu camino, y la fortaleza y el ánimo para seguirlo, será este: encomendar cada día con gran fervor a tu Madre del cielo este asunto de tanta importancia. Por los medios más diversos, una palabra del confesor, una página que cae ante tus ojos, un atractivo muy neto hacia lo que debe hacerte feliz, un concurso providencial de circunstancias, un incidente mínimo en apariencia, tu divina directora te señalará lo que se espera de ti. Y aunque se crucen en tu camino mil obstáculos aparentemente insuperables, llegarás a término: pues los obstáculos irán cayendo, o tendrás tú la energía necesaria para superarlos, a fin de poder realizar tu ideal. Cientos de veces en mi vida he visto cómo sucedían así las cosas en muchas almas cuyo porvenir me interesaba especialmente. He conocido jóvenes que, de buena fe y en su inexperiencia de la vida, habían elegido un camino equivocado, y que a causa de su confianza en Nuestra Señora y de su pertenencia a esta divina Madre, pudieron finalmente reconocer su error, volver sobre

sus pasos y encontrar el camino que debía conducirlos a la verdadera felicidad. ¡Cuántas vocaciones religiosas hemos visto realizarse de la manera más inverosímil, cuando faltaba la salud necesaria, o los padres se negaban obstinadamente a dar su consentimiento, u otras dificultades graves parecían impedir definitivamente la entrada en religión; y todas esas dificultades se desvanecieron con la intervención de Nuestra Señora!

Tentación y pecado

Lo que muchas veces ensombrece nuestra vida es la lucha que debemos librar contra la tentación y la seducción, o contra la mala conducta de quienes nos son queridos. En esos casos no hay que olvidar que la Santísima Virgen es el **Auxilio de los Cristianos** y el **Refugio de los pecadores**.

La tentación no es pecado. Bien soportada es incluso una fuente de mérito y progreso. Quien vence sosegadamente una tentación contra la castidad es más puro que antes, y por eso mismo ha progresado en la bella virtud. Los mismos Santos fueron el blanco de gravísimas tentaciones.

Sin embargo, la lucha puede hacerse temible y desesperada en ciertos momentos. Las olas de la seducción pueden elevarse y agitarse de tal modo, que amenazan con tragarse la navicilla de tu alma y enviarla a los abismos. El desencadenamiento de las pasiones y de los instintos inferiores obnubila el espíritu, paraliza la voluntad y te quita la clara visión y la neta conciencia de lo que está bien o mal, de lo que es noble o degradante, honor o vergüenza... Hay horas en que parece que ninguna consideración humana ni energía natural pueda detener, sobre todo a la juventud, de caer en el abismo, hacia el que lo atraen seductoras sirenas...

Entonces es difícil rezar, casi imposible en apariencia... ¡Y sin embargo hay que hacerlo! Debes aferrarte desesperadamente a tu

Madre divina y gritarle tu estado de miseria y de peligro: «*¡Madre, sálvame, que me pierdo!... ¡Muestra que eres mi Madre!... ¡Rápido, ven en mi socorro, o estoy perdido!*». ¡Cuántas veces ha venido ya en tu ayuda! ¡Cuántas veces le has debido a Ella el haber conservado el más precioso de los tesoros! ¡Cuántas veces Ella ha imperado a la borrasca de la seducción, *Silencio*, y a las olas de la tentación, *Calma!* ¡Cuántas veces Ella te ha sugerido el pensamiento liberador, o ha fortalecido tu voluntad y blindado tu corazón! ¡Cuántas veces te ha enviado socorro por medio de circunstancias exteriores, cerrado tus ojos tal vez a una tentación cuya gravedad excepcional no sospechaste sino más tarde, mucho más tarde!

Y si alguna vez el esclavo de amor de Nuestra Señora —porque también él es hombre, y por lo tanto débil y pecador—, tal vez después de una larga lucha, hiciese mal uso de su voluntad consagrada a María, dando el sí tanto tiempo negado, y tendiendo la mano hacia el fruto prohibido, vaya inmediatamente y sin tardar a su Madre y Señora, humilde y sencillamente, con toda confianza, sin dejarse llevar por el desaliento; que la dulce Reina del cielo no lo rechazará, no lo despedirá. Ella hará oír tal vez en el fondo del corazón palabras dulces de reproche, mas no desdeñará a su hijo culpable pero arrepentido, y no le negará el beso del perdón... Ella conducirá a Jesús esta alma contrita y humillada; Ella le hará recuperar la amistad del Salvador y ayudará a esta alma a empeñarse con nuevo ardor en el trabajo de su santificación, tan tristemente interrumpido. Por Ella el pecado mismo se le convertirá en ocasión de progreso. Con sus manos maternas e industriosas Ella limpiará y reparará la túnica nupcial de su hijo, tan bien que ninguna mirada será capaz de descubrir en ella ninguna mancha ni la menor desgarradura.

O tal vez estás cargando con la pesada cruz de que uno de tus parientes abandonó el buen camino, ofende a Dios y contrista indeciblemente a los suyos, se entrega a la bebida o al vicio, descuida

sus deberes más sagrados y pisotea la fe y la religión de su infancia. Has rezado y suplicado instantemente y con lágrimas; has exhortado, amenazado, castigado. ¡De nada sirvió! ¿No habrá ninguna salida, ninguna esperanza?

A todos los que lloran la mala conducta de seres queridos, queríamos gritarles: **¡Animo, confianza!** ¡Sigán rezando a María, que es también la Madre de los pecadores; sigan confiándole esta alma desviada y culpable! Sigue santificando tu alma y tu vida por la piedad y las buenas obras, doblemente: por ti mismo y para expiar los pecados de aquellos a quienes amas. Dejamos aquí deliberadamente de lado toda consideración especulativa sobre la infalibilidad de las oraciones ofrecidas por los demás, y decimos: ¡Tarde o temprano serás escuchado! Es posible que Dios retrase la conversión, tal vez durante mucho tiempo, para que tu propia vida sea más pura y fervorosa. Esta alma volverá al bien, a Dios, aunque fuese en el último minuto. Un día la Madre del Buen Pastor volverá a traer la oveja perdida al Corazón de Dios y al tuyo.

No hay un solo sacerdote con experiencia de las almas, que no pueda contar algún rasgo conmovedor de la incomparable bondad y del poder irresistible de la Madre de misericordia.

Sufrimiento de alma

Hay otros sufrimientos y pruebas que son mucho más dolorosos que las que acabamos de recordar. Al lado de las enfermedades del cuerpo, hay otras espirituales, que hacen sufrir mucho más que las primeras. Una de estas enfermedades es el **escrúpulo**, en que no se distingue ya netamente la voz de la conciencia, de la verdadera conciencia, de un temor vago e instintivo, sin fundamento serio, de haber pecado. Esta conciencia desequilibrada considera como crímenes abominables faltas ligeras o incluso acciones perfectamente inofensivas. Es evidente que puede

tratarse de verdaderos tormentos, tanto más graves cuando que otras personas son incapaces de comprender semejante estado de alma.

También aquí la devoción a la Santísima Virgen, y sobre todo la santa esclavitud de amor, será a menudo un remedio radical, según la promesa formal de Montfort⁷⁷. Más de una vez hemos visto realizarse por este medio curaciones completas y rápidas, o al menos producirse tal mejoramiento que el mal se hacía soportable y no constituía ya como antes un obstáculo insuperable para el progreso espiritual.

Las almas que, por voluntad de Dios, se sienten llamadas a un grado especial de perfección, y que, por consiguiente, le son más queridas, mucho más queridas que las demás, a menudo son probadas, purificadas y realmente torturadas por El de manera misteriosa y terrible. Estas almas se sienten abandonadas de Dios. Les parece que el Señor no muestra ya por ellas más que horror y aversión, y que las rechaza lejos de Sí con odio y desprecio; que no pueden esperar en esta tierra otra cosa más que la maldición divina, y después de esta vida el tormento eterno del infierno. Esta tortura puede ser una prueba pasajera; pero bastante a menudo constituye un martirio que dura años, y a veces la vida entera.

La Madre de los hombres, la tierna Madre de las almas, ha sido establecida por Dios, como lo asegura Montfort⁷⁸, para suavizar la espantosa amargura de esta prueba, para asegurar a las almas contra el desaliento y la desesperación, o incluso para liberarlas totalmente de esta espantosa obsesión. San Francisco de Sales sufrió este tormento a la edad de 17 años. Todo se le presentaba sombrío,

⁷⁷ Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción n. 215.

⁷⁸ Ibid. n. 152.

y se consideraba perdido para siempre. Un día acude al altar de Nuestra Señora, se echa a sus pies, y sollozando implora su misericordia. De repente se siente liberado. Sus dudas han desaparecido. Una paz muy dulce se difunde en su alma. Ha quedado curado para siempre del terrible mal.



Queridos lectores, también nosotros podemos ser, tarde o temprano, víctimas de alguna de las pruebas que acabamos de describir. Incluso es posible que, si estamos llamados a un cierto grado de santidad y a una cierta riqueza de apostolado, tengamos que sufrirlas todas a la vez.

El camino de la vida se convierte a veces en un vía crucis, a lo largo del cual, quebrantados en cuanto al cuerpo, hemos de arrastrar la cruz de nuestros sufrimientos morales hasta el momento y el lugar que verá consumarse nuestro sacrificio. ¡Por amor de Dios!, tengamos el cuidado de que a nuestro vía crucis no le falte la cuarta estación: el encuentro, en la confianza y el amor, con María, la santísima Madre de Jesús. El beso de su afección materna nos dará, como al mismo Jesús, nuevas fuerzas para llevar valientemente nuestra cruz hasta la cumbre del Calvario.

Y si nuestra vida se asemejase algún día a las últimas horas de Cristo en la Cruz, cuando desgarrado, torturado, lleno de fiebre, sediento, aborrecido y maldecido por sus enemigos, traicionado y abandonado por los suyos, se siente rechazado incluso por su Padre y deja escapar la desgarradora queja: «*¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?*»; acordémonos entonces de que el Padre, que había privado a la divina Víctima de todo consuelo, le dejó la lenitiva presencia de su Madre amante, fiel y tan plenamente comprensiva del gran misterio... A nuestra humilde y ardiente oración la santísima Madre de Jesús, que es la nuestra, con incomparable afecto montará

también una guardia fiel al pie de nuestra cruz, para que hasta el fin nos entreguemos con entero abandono a la crucificante, pero amorosa voluntad del Padre, para nuestra perfección y santificación personal, y también para la irresistible conquista de las almas para el reino de amor de Cristo y de María.



Murillo Esteban Bartolomé, 1675, "Crucifixión", Óleo sobre lienzo, Museo del Hermitage, San Petersburgo, Rusia.

XX

“Y en la hora de nuestra muerte”

Nadie puede escapar de la muerte. Podemos apartar su pensamiento como molesto, inoportuno e incluso insoportable; pero de hecho la muerte es inevitable para cada uno de nosotros.

No vamos a extendernos sobre lo que es la muerte y lo que ella significa para cada uno de nosotros. Sabemos con certeza solamente esto: que un día moriremos. Cuando y en qué circunstancias nos encontrará la muerte, es para nosotros un secreto impenetrable. Sabemos también que la muerte, ordinariamente, es una hora de debilidad y de impotencia, de sufrimientos amarguísimos en el cuerpo y en el alma, y una hora de soledad y de tinieblas, de abatimiento y de temor. Y justamente esa hora es la más importante de nuestra vida: ¡de ella, y de ella sola, en definitiva, depende toda nuestra eternidad!

Hay santos —¡y se comprende! — que temblaron de espanto al pensar en esta hora. ¿Cómo podríamos nosotros, entonces, encararla sin temor y cruzarla sin pavor? ¿Cómo podemos incluso saborear un solo instante de gozo y felicidad en la tierra, sabiendo que un día tendremos que pasar por esta hora temible y decisiva?

«*Ecce Maria*» ... Una vez más Nuestra Señora será nuestro recurso. Si queremos ser verdaderos hijos y esclavos de amor de la Santísima Virgen, podremos repetir y cantar con el Salmista, aplicando estas palabras a Aquella a quien la Iglesia llama «la **Puerta del cielo**»: «*Aunque pase por en medio de las sombras de la muerte, ningún mal temeré, porque Tú vas conmigo*»⁷⁹.

⁷⁹ Sal 22, 4.

En una Carta notable, del 22 de marzo de 1918, el Papa Benedicto XV⁸⁰ exponía magistralmente los fundamentos de esta confianza «*in hora mortis*». Damos aquí amplios extractos.

«Concuerta maravillosamente con la doctrina católica y responde a los sentimientos piadosos de la Iglesia, y además se apoya en una esperanza bien fundada y ordenada, elegir a la Madre Dolorosa como Patrona de la buena muerte e invocarla como tal.

En efecto, los Doctores de la Iglesia enseñan comúnmente que la Santísima Virgen María, que parecía ausente de la vida pública de Jesucristo, por divina disposición estuvo junto a su lado cuando, clavado en la Cruz, iba a sufrir la muerte. De este modo Ella sufrió y casi murió en unión con su Hijo doliente y agonizante; abdicó los derechos de Madre sobre su Hijo para conseguir la salvación de los hombres y para aplacar la justicia divina, y en cuanto dependía de Ella inmoló a su Hijo, de suerte que se puede afirmar con razón que redimió al linaje humano juntamente con Cristo. Y si por esta razón todas las gracias que sacamos del tesoro de la redención nos vienen, por decirlo así, de las manos de la Virgen Dolorosa, todos comprenderán que los hombres hayan de esperar también de Ella la gracia de una santa muerte; ya que por este soberano beneficio se consuma en cada alma eficazmente y para siempre la obra de la Redención.

Es evidente asimismo que la Virgen Dolorosísima, que fue constituida por Jesucristo como Madre de todos los hombres y los aceptó como estándole confiados por testamento de infinita caridad, para cumplir con bondad materna el deber de defender su vida espiritual, no puede dejar de auxiliar con mayor celo a sus queridísimos hijos adoptivos en el momento en que se decide para

⁸⁰ Carta Apostólica *Inter Sodalitia*. Pío XI desarrolló las mismas consideraciones en su Carta Apostólica *Explorata Res*.

siempre su salvación y santidad. Por eso la Iglesia misma en muchas oraciones litúrgicas pide a la bienaventurada Virgen María que asista con su misericordiosa protección a los hombres que están en la agonía; y por eso también es muy constante entre los fieles la opinión, comprobada por una larga experiencia, de que no perecerán eternamente los que tengan a la misma Virgen por Patrona».

Estas consideraciones de Benedicto XV, que fue un gran Papa mariano, son claras, lógicas, convincentes y muy consoladoras.

La Santísima Virgen concederá una asistencia especial en la hora de la muerte a los cristianos que ponen su confianza en Ella.

Y es que María es la **Corredentora** del género humano. Ahora bien, en el momento de la muerte es cuando esta redención se aplica definitivamente a cada hombre, o si no queda vana para él.

Por ser Corredentora, María es también la **Mediadora de todas las gracias**. Ahora bien, sin la perseverancia final, todas las demás gracias habrían sido inútiles.

Asimismo, María, por lo que a la vida de la gracia se refiere, es realmente nuestra **Madre**. ¿Acaso una madre puede estar ausente del lecho de agonía de su hijo? No puede ser que Nuestra Señora no sostenga a sus hijos con todas sus fuerzas y energías en el mismo momento en que se decide la confirmación eterna o la pérdida eterna de la vida de la gracia en un alma.

La Iglesia cree en esta protección especial de María en la hora de la muerte, y por eso es convicción universal que quienes la aman y honran de veras, no pueden perderse para siempre: **¡Un hijo de María es hijo del Paraíso!**

La experiencia de cada día —como lo hacen notar los Papas— confirma esta convicción. Por eso es digno de mención que cuando se nos comunica la muerte de quienes estuvieron especialmente

consagrados y dedicados a Nuestra Señora, esta comunicación vaya acompañada casi siempre del relato de hechos o de circunstancias, a veces mínimos en apariencia, que muestran de manera evidente que la Santísima Virgen sostuvo a sus hijos y esclavos agonizantes con una asistencia cierta, y muy a menudo palpable y sensible.

Pensamos, por ejemplo, en la muerte tan consoladora de nuestro gran e inolvidable Cardenal Mercier, hijo amante y apóstol ardiente de María y de su devoción más excelente. El Cardenal murió un sábado, que al mismo tiempo era un día de fiesta de la Santísima Virgen, la de sus Desposorios con San José; asimismo era el aniversario del día en que había publicado su oración tan conocida para pedir la proclamación dogmática de la Mediación universal de María y la canonización del Beato de Montfort. Murió tan sólo algunas horas después de haber asistido y participado a la santa Misa, ofrecida en honor de la Mediadora de todas las gracias. ¿Son, sí o no, indicios clarísimos de una intervención de Nuestra Señora en la hora suprema de su glorioso Servidor?

Querido lector, ¡qué felicidad y seguridad para nuestra última hora, haber pedido tan a menudo a nuestra Corredentora, Mediadora y Madre: *«Ruega por nosotros, pecadores, ¡ahora y en la hora de nuestra muerte!»*

Si seguimos repitiendo estas palabras decenas de veces por día con entera atención y plena confianza, tenemos el derecho de apartar de nosotros todo temor y toda inquietud voluntaria. ¿Acaso no dice San Juan que *«el amor perfecto expulsa el temor»*, y que *«en esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del Juicio»*?⁸¹.

⁸¹ | Jn 4, 17-18.

Esforcémonos, pues, en vivir virtuosa y santamente en unión con Ella, y depongamos entre sus manos y encerremos en su Corazón materno nuestra última hora con todos sus terrores y sufrimientos. Y si en ciertas horas la angustia quisiese invadir nuestra alma al pensamiento de lo que inevitablemente debe suceder un día, repitamos con confianza: *«In te, Domina, speravi; non confundar in aeternum!»*: ¡En Ti, Soberana mía, he puesto mi esperanza; no quedaré eternamente confundido!



Toda nuestra vida ha de ser, según la recomendación de la Iglesia, un recurso incesante y confiado a la Madre de nuestras almas y a la Mediadora de todas las gracias.

También para la hora grave, dolorosa y decisiva de nuestra muerte, ponemos en Ella una confianza total y serena.

Cuando hayamos establecido y consolidado nuestra alma en esta confianza serena y preciosa, nos será también más fácil cultivar los sentimientos que deben animar a todo esclavo de amor de Nuestra Señora frente a la muerte.

La aceptación de la muerte, con todas las circunstancias de que venga acompañada y rodeada, es el acto más elevado y hermoso de la dependencia total que hemos consagrado a María por medio de la santa esclavitud. El dueño tiene un derecho de vida y muerte sobre su esclavo. Con amor queremos reconocer gustosamente a Jesús y a María todos los derechos sobre nosotros, entre ellos el derecho de disponer de nuestra vida por la muerte. Se lo hemos repetido mil veces: *«Dejándoos entero y pleno derecho de disponer de mí y de todo lo que me pertenece, sin excepción, según vuestro beneplácito, para la mayor gloria de Dios en el tiempo y en la eternidad»*.

Cuando sintamos llegar nuestra hora suprema —¿y por qué no a menudo, cada día anticipadamente? —, recemos así: «Señor adorado, Reina amadísima, acepto la muerte de vuestras manos, por amor y sin temor, como mensajera de vuestra voluntad y como la manifestación más grave de vuestro dominio sobre vuestro esclavo de amor». La aceptación humilde y valiente de nuestra muerte en la hora en que debe consumarse el sacrificio, y centenares de veces antes, es el cumplimiento más penoso, pero también el más hermoso y precioso, del gran acto que hemos realizado para con Cristo y su divina Madre.

Esforcémonos igualmente por mirar la muerte **con los ojos de nuestra Madre**, y establecernos frente al adiós al mundo en las disposiciones perfectísimas de su Corazón Inmaculado. En unión con la muerte redentora de Jesús, Ella aceptó libremente su propia muerte por la glorificación de Dios, y por la salvación y santificación de las almas. En la muerte Ella vio la ruptura de los lazos que la retenían lejos de su Hijo; era ver disiparse la nube que le escondía el rostro del Amado; era el derrumbamiento del muro que la separaba de Jesús. En la muerte Ella vio y buscó la liberación y la ascensión hacia la Luz y la Vida, hacia Dios y la unión eterna y soberanamente íntima con su solo Amor.

Aprendamos a repetir con Ella: *«Para mí, vivir es Cristo, y morir una ganancia... ¿Quién me libraré de este cuerpo mortal?... Deseo soltarme de este cuerpo, a fin de vivir con Cristo... ¿Quién me diera alas como la paloma, para volar y reposarme en el Corazón de Dios?... ¡Qué amables son tus tabernáculos, Dios de los Ejércitos! Mi alma desfallece de deseos por los atrios del Señor»*⁸².

¡Nosotros deseamos también la muerte Madre amadísima, para poder contemplar tu belleza, gustar tu amor, cantar tu grandeza,

⁸² Fil 1, 21.23; Rom 7, 24; Sal 54, 7; 83, 2-3.

aumentar tu gloria, reconocer tus beneficios, reposar en tu Corazón, perdernos en tu alma y adentrarnos en los abismos de tu interior!

Sí, también para nosotros morir es una ganancia. Pero debemos hacer de manera que esta muerte sea igualmente una ganancia y, si fuera posible, un progreso inmenso para su Reino, para la extensión de su dominación de amor sobre las almas y sobre el mundo. Por este ideal hemos de ofrecer todos los sufrimientos de nuestra última enfermedad, todas las angustias y dolores de la hora suprema: «*Per adventum Ipsius et regnum Eius!*»: ¡Por el advenimiento real de Cristo y el reino de su divina Madre! Nuestra muerte no ha de ser tan sólo buena y santa, sino asimismo espléndidamente fecunda: por ella, cayendo como un grano de trigo en la tierra selecta del seno de nuestra divina Madre, hemos de germinar y crecer en ella en una riquísima y abundantísima cosecha de almas conquistadas para su reino y para la práctica de su perfectísima Devoción. Querríamos que nuestra muerte sea un acontecimiento, un gran acontecimiento en la historia del reino de Cristo Rey por la dominación de amor de Nuestra Señora. Esta ha de ser nuestra preocupación dominante en los últimos días y en las últimas horas de nuestra vida, hasta nuestro último suspiro. Y para que nuestros últimos momentos no se vean privados de esta consagración suprema y de este valor preciosísimo, ofrezcamos cada día nuestra vida entera, especialmente nuestra agonía y nuestra muerte, y sobre todo uniéndonos al santo Sacrificio, por nuestro único ideal: ¡el reino de Cristo por María!

Así, pues, cuando sintamos declinar nuestras fuerzas, caer las sombras sobre nosotros y aproximarse el fin, entonces... que nuestros ojos que se apagan ya no se aparten de su imagen bendita; que nuestra boca no se canse de repetir su nombre juntamente con el dulcísimo nombre de Jesús, y de reiterarle nuestra pertenencia total; que nuestros labios se queden pegados a su rostro; que nuestra

mano se encuentre en la suya, y que nosotros mismos nos encerremos en su Corazón y nos perdamos en su seno... Que nuestras manos aprieten hasta la muerte su Rosario, y que luego, con el Crucifijo, una imagen de María vele sobre nuestros despojos mortales... Que nuestro recuerdo mortuario hable de nuestra pertenencia a María, y que estas sencillas palabras: *Ave Maria*, grabadas sobre la lápida, o mejor aún, inscritas en una sencilla cruz de madera, continúen conduciendo las almas hacia María y predicándoles el amor, la confianza y la pertenencia hacia Ella...

¡Mientras tanto, al salir de las miserias de este mundo, o más probablemente de las llamas purificadoras del Purgatorio, nuestra Madre nos habrá llevado, para nuestro eterno descanso y la bienaventuranza sin fin y sin límites, al Corazón y al seno mismo de Dios!



Índice analítico

| | |
|---|----|
| EN MARÍA | 3 |
| ¡Ave, Maria Mediatrix! | 3 |
| I Vivir “en” María | 6 |
| II Presencia espiritual | 12 |
| III La Santísima Virgen nos ve y nos sigue..... | 17 |
| IV La Santísima Virgen nos influencia por la gracia | 23 |
| V Ella en nosotros, nosotros en Ella | 29 |
| VI “Permaneced en Mí y Yo en vosotros” | 35 |
| VII La práctica | 39 |
| VIII Modo simple | 45 |
| IX Modo más profundo..... | 52 |
| X Maravillosos frutos..... | 60 |
| XI Evangelio de confianza | 67 |
| XII La Madre..... | 74 |
| XIII La misión de la Madre | 81 |
| XIV Mediadora de todas las gracias..... | 86 |

| | |
|--|-----|
| XV A ejemplo de Jesús | 91 |
| XVI Nuestra pertenencia a Nuestra Señora | 95 |
| XVII La práctica | 99 |
| XVIII Confianza en las pequeñas cosas | 105 |
| XIX En las horas graves | 114 |
| XX “Y en la hora de nuestra muerte” | 125 |
| ÍNDICE ANALÍTICO | 133 |

**Para comunicarse con las
“Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará”
puede dirigirse a:**

Casa Procura Generalicia “Nuestra Señora de Luján”

Dirección: Via della Pisana 1100
C.P.: 00163 – Roma (RM) - Italia
E-mail: sec.generalicia@servidoras.org

Italia-Albania-Grecia: Provincia “Nuestra Señora de Loreto”

Dirección Casa Provincial: Via di Castelbarco, 12
C. P.: 00148 - Roma (RM) - Italia
Teléfono: + 39 (06) 65192735
E-mail: c.nsloreto@servidoras.org
www.facebook.com/ServedelSignore
www.servedelsignore.org
Instagram: ServedelSignore

España y Portugal: Provincia “Nuestra Señora del Pilar”

Dirección Casa Provincial: Calle Santander, 7 - 1º Piso
C.P.: 28003 Madrid - España
Teléfono: +34 915 985575
E-mail: c.inmaculadaconcepcionmadrid@servidoras.org

Argentina y Chile: Provincia “Nuestra Señora de Luján”

Dirección Casa Provincial: Rawson, 4011, CC. 32
C.P.: 5600 - San Rafael - Mendoza - Argentina
Teléfono: + 54 (0260) 4433904
E-mail: sec.provarg@servidoras.org

Argentina y Paraguay:***Provincia "Nuestra Señora de los Buenos Aires"***

Dirección Casa Provincial: Calle 89, nº 880, entre 12 y 13 - Villa Elvira

C.P.: 1900 La Plata, Buenos Aires - Argentina

Teléfono: + 54 (221) 453-3644 - + 54 (0260) 154321148

E-mail: sec.delegacionbsas@servidoras.org

USA-Canadá-Guyana-Surinam-México:***Provincia "Inmaculada Concepción"***

Dirección Casa Provincial: 28 15th S.E. -

C.P.: 20003 - Washington (DC) - USA

Teléfono: + 1 (202) 543-2064

E-mail: sec.provusa@servidoras.org

Perú: *Provincia "Nuestra Señora de Chapi"*

Dirección Casa Provincial:

Av. Víctor Andrés Belaunde, N° 287 "B"

San José de Tiabaya, Arequipa - Perú

Teléfono: + 51 (54) 439185

E-mail: c.franciscosolano@servidoras.org

Brasil: *Provincia "Nuestra Señora Aparecida"*

Dirección Casa Provincial: Estrada do Curucutu, 1900

C.P.: 04895-090 Barragem, São Paulo (SP) - Brasil

Teléfono: + 55 (11) 5978-4232

E-mail: sec.provbrasil@servidoras.org

Ecuador y República Dominicana:***Provincia "María Reina del Cisne"***

Dirección Casa Provincial: Apartado Postal 11-01-274

Zamora Huayco, Loja - Ecuador

Teléfono: + 593 (7) 2139115

E-mail: sec.provecuador@servidoras.org

Holanda-Irlanda-Islandia-Lituania-Luxemburgo-Bélgica:***Provincia "María Puerta de la Aurora"***

Dirección Casa Provincial: Dorpsstraat, 149

C.P.: 6441 CD Brunssum, Limburg - Holanda

Teléfono: + 31 (45) 5252075

E-mail: sec.prov.northerneurope@servidoras.org

Filipinas-Taiwán-Hong Kong:***Provincia Madre de Dios, Emperatriz de China***Dirección Casa Provincial: 224 Lourdes Street,
Miracle Heights Subdivision, Antipolo del Norte

C.P.: 4217 Lipa City, Batangas - Filipinas

Teléfono: + 63 (43) 4046554

E-mail: c.emperatrizdechina@servidoras.org

Rusia: Provincia "Nuestra Señora de Kazán"

Dirección Casa Provincial: Ul. Adoratskogo 43-46

C.P.: 420132 Kazán, Tatarstan - Rusia

Teléfono: +7 967 3655848

E-mail: c.corazoninmaculado@servidoras.org

Jordania-Palestina-Israel-Siria:***Provincia "Nuestra Señora de los Dolores"***

Dirección Casa Provincial: P.O.B. 825

C.P.: 910070 Jerusalén - Israel

Teléfono: + 972 54-711-6212

E-mail: sec.pnsdoloresdolores@servidoras.org

Egipto-Túnez-Irak: Provincia "Nuestra Señora del Destierro"

Dirección Casa Provincial: Abu Hashish 5 - Heilmeit al Zeitoun

C.P.: 11311 Cairo - Egipto

Teléfono: + 20 2 27787409

E-mail: sec.provmo@servidoras.org

Ucrania: Provincia “Nuestra Señora de Zarvanytsia”

Dirección Casa Provincial: 22 sichnia str., 141 Krykhyvtsi

C.P.: 76493 Ivano-Frankivsk - Ucrania

Teléfono: + 380 (342) 774869

E-mail: sec.provucraina@servidoras.org

Papúa Nueva Guinea: Delegación “María Reina del Paraíso”

Dirección de la Delegación: Lote Pastoral Center.

P.O. Box 205

Vanimu, Sandaun Province – Papúa New Guinea

Teléfono: + 657 70645268

E-mail: c.queenofparadise@servidoras.org

Francia: Delegación “Nuestra Señora de Lourdes”

Dirección de la Delegación: Paroisse Saint Joseph

209, Avenue de la IV^o République

C.P. : 83340 Le Cannet-des-Maures, Toulon - France

Teléfono: + 33 (494) 607327

E-mail: c.mariamagdalena@servidoras.org

Tanzania: Delegación “Nuestra de la Evangelización”

Dirección de la Delegación: P.O. Box 933

Ushetu, Kahama. Shinyanga - Tanzania

Teléfono: + 255 758042241

E-mail: c.sagradorazondejesus@servidoras.org



**Comunidades Contemplativas
presentes en los siguientes monasterios:**

“San Paolo delle Clarisse”

Dirección: Via del Monastero, 3
C. P.: 01017 Tuscania (VT) - Italia
Teléfono: + 39 (0761) 443646
E-mail: mon.sanpaolo@servidoras.org

Noviciado contemplativo “Santa Gemma Galgani”

Dirección: Via del Monastero, 3
C. P.: 01017 Tuscania (VT) - Italia
Teléfono: + 39 (0761) 443646
E-mail: nov.gemmagalgani@servidoras.org

“Beata Maria Gabriella dell’Unità”

Dirección: Via della Migliara, 51
C. P.: 04014 Pontinia (LT) - Italia
Teléfono: + 39 (0773) 852217
E-mail: mon.gabrielladellunita@servidoras.org

“Madonna delle Grazie”

Dirección: Via Ariana, 1
C.P.: 00041 Velletri (RM) - Italia
Teléfono: + 39 327 0158 946
E-mail: mon.madonnadellegrazie@servidoras.org

“Beata Maria Vittoria De Fornari Strata”

Dirección: Via Pietro Dellepiane, 49
C. P.: 16019 San Cipriano di Serra Riccò (GE) - Italia
Teléfono: + 39 (010) 9820499
E-mail: mon.vittoriadefornari@servidoras.org

“Nostra Signora di Bonaria”

Dirección: Via Lamarmora 13
C. P.: 09170 Oristano (OR), Sardegna - Italia
Teléfono: +39 389 168 6958
E-mail: mon.nsbonaria@servidoras.org

“De los Santos Patronos de Europa”

Dirección: Calle Font Nova, 15
C. P.: 46850 L'Ollería, Valencia - España
Teléfono: + 34 962 200792
E-mail: mon.santospatronosdeeuropa@servidoras.org

“San Juan de Ribera”

Dirección: Calle Santo Tomás, 6
C. P.: 03801 Alcoy - España
Teléfono: + 34 620 458 790
E-mail: mon.juanderibera@servidoras.org

“Santa Teresa de los Andes”

Dirección: Rawson, 4011
C. P.: 5600 San Rafael, Mendoza - Argentina
Teléfono: + 54 9 260 4323407
E-mail: mon.teresadelosandes@servidoras.org

“Santa Edith Stein”

Dirección: 5400 Fort Hamilton Parkway
C. P.: Brooklyn (NY) 11219 - USA
Teléfono: + 1 (718) 233-2877
E-mail: mon.edithstein@servidoras.org

Noviciado Contemplativo “Santa Catalina de Siena”

Dirección: 5400 Fort Hamilton Parkway
C. P.: Brooklyn (NY) 11219 - USA
Teléfono: + 1 (718) 233-2877
E-mail: m.nativity@servidoras.org

“Santa Isabel de la Trinidad”

Dirección: Av. Víctor Andrés Belaúnde, 287
C. P.: 04013 San José de Tiabaya, Arequipa - Perú
Teléfono: +51 959376134
E-mail: mon.isabeldelatrinidad@servidoras.org

“Santa Gianna Beretta Molla”

Dirección: Estrada do Curucutu, 1900
C. P.: 04895-090 Barragem, São Paulo (SP) - Brasil
Teléfono: + 55 (11) 93034-8799
E-mail: mon.giannaberettamolla@servidoras.org

Noviciado Contemplativo “Santa Teresita del Niño Jesús”

Dirección: Estrada do Curucutu, 1900
C. P.: 04895-090 Barragem, São Paulo (SP) - Brasil
Teléfono: + 55 (11) 93034-8799
E-mail: nov.santateresinha@servidoras.org

“Ecce Homo”

Dirección: Oud Valkenburgerweg, 16
C. P.: 6301 CK Valkenburg - Nederland
Teléfono: + 31 (43) 6010316
E-mail: mon.eccehomo@servidoras.org

“Santa Hildegarda de Bingen”

Dirección: 10 Rue de Sainte Thérèse D´Avila
C. P.: L-1152 Cents - Luxembourg
Teléfono: + 352 24527256
E-mail: mon.hildegardadebingen@servidoras.org

“Santa Lutgarda”

Dirección: Penitentenlaan 5
C. P.: 9620 Velzeke, Zottegem - Bélgica
Teléfono: +32499182552
E-mail: mon.lutgarda@servidoras.org

***“Patrocinio de San José, Custodio del Redentor
y Protector de las vírgenes”***

Dirección: Barangay San Celestino. Purok 6. Sitio Papayahan.
C. P.: 4217 Lipa, Batangas - Philippines
Teléfono: + 63 999 783 4498
E-mail: mon.sanjosecustodio@servidoras.org

“Nuestra Señora de Sheshan”

Dirección: 124 Zhongyang W. Rd. Sect. 2.
C. P.: 320 Zhongli, Taoyuan - Taiwan R.O.C.
Teléfono: + 886 (3) 4923212
E-mail: mon.ourladyofsheshan@servidoras.org

“Santa Sofía Sabiduría Divina”

Dirección: vul. Shevchenka, 57

C. P.: 77111 Burshtyn, Halytskyy r-n - Ucrania

Teléfono: +380967307843

E-mail: mon.santasofia@servidoras.org



Familia Religiosa del “Verbo Encarnado”

www.servidoras.org

www.ive.org

Agradecemos especialmente el trabajo que han realizado la Madre Maria de la Salut y la hermana María del Divino Jesús, del Estudiantado Internacional “Santa Teresa de Jesús”, tanto en la edición como en la colocación de las imágenes y tapas del libro.

A.M.G.D.